

LA BALADA DEL  
HOMBRE MUERTO

PREMIO NACIONAL DE CUENTO

«INÉS ARREDONDO»

2007

# LA BALADA DEL HOMBRE MUERTO

*por*

Alfonso Orejel



*F*ICTICIA

---

MÉXICO  
2008

## PREMIO NACIONAL DE CUENTO «INÉS ARREDONDO» 2007

El jurado estuvo integrado por:

Élmer Mendoza

Juan José Rodríguez

Eduardo Mosches

### LA BALADA DEL HOMBRE MUERTO

D.R. © Alfonso Orejel

D.R. © Instituto Sinaloense de Cultura

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

#### POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la obra: Armando Hatzacorsian

Foto de portada: Mónica Villa

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Cuidado de la edición: Luis Bernardo Pérez

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México, D.F.

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

[libreria@ficticia.com](mailto:libreria@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Edición: 2008

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor.

ISBN 978-968-5382-64-9

Impreso y hecho en México

# CONTENIDO

¿DE DÓNDE SALDRÁN TANTAS ESTRELLAS?.....	9
ÁRBOL AL ALBA.....	19
AJUSTE DE CUENTAS.....	27
HORA TERMINAL.....	39
LA BALADA DEL HOMBRE MUERTO.....	51
LEJANÍA.....	67
Y EL PÚBLICO APLAUDÍA HASTA QUE LAS MANOS LE DOLÍAN.....	85

# ¿DE DÓNDE SALDRÁN TANTAS ESTRELLAS?

## UNO

No, compadre, aguántese. Usted puede. Si ya aguantamos lo más duro, que más da otro rato. ¡No se me raje! Ya ve que usted nunca le sacó al parche. Que le salga el orgullo. El mismo que le hacía sacar fuerzas de quien sabe dónde cuando jugábamos a ver quién llegaba primero al muelle desde la estación vieja. ¿Se acuerda? Estábamos bien chamacos. No teníamos un cinco, pero cómo nos divertíamos. Entonces no estábamos tan prietos. Todavía el sol no nos quemaba la piel. Y no salíamos del agua.

Toda la chamacada se la pasaba pidiéndoles a los turistas que visitaban Topo que aventarán un peso para sacarlo del fondo. Y en chinga nos zambullíamos, empujándonos o jalándonos las patas para que otros no ganaran la moneda. Por esa época iban muchos gringos allá. ¡Eran otros tiempos! Ahora no se paran ni las moscas.

Que bueno era usted para nadar, compa. Me cae de madre. Y no es por echarle flores, usted me conoce, yo no soy un güey que le guste andarle dando piola a la gente, pero la verdad es que no había quien le ganara.

Siempre tenía más aliento que los demás para meterle el extra. Por eso le digo que aguante. Si no supiera cómo es,

ni me animara a hacerlo. ¿A poco cree que se lo digo nada más por meterle candil? No, olvídense que yo lo quiera hacer pendejo. ¿Me está oyendo compadre? No se me vaya a dormir. ¡Ey, despierte! Haga un esfuerzo. Que no le gane el sueño porque sino se lo lleva la chingada.

Hágalo por su familia. Piense en el Chuy, en la Mary, que todavía están chicos y dependen de usted. Ya ve que el morro son sus ojos. Será porque se parece tanto a usted. Hasta parece que lo cagó. Y también en el Cacho. Ya sé que le salió medio güevón, que ya no quiso ir a la escuela pero ¿qué chamaco va a la escuela con ganas ahora?

En mi caso, el Beto anda por las mismas. Por más que mi vieja lo anda carrereando para que estudie, no quiere. Yo sé que cada hijo es diferente, que hay unos buenos para el estudio y otros a los que no les entran las letras en la cabeza.

Pues si no van a ir a la escuela que se pongan las pilas y le entren al trabajo, porque dejan de estudiar pero no de comer. Ahí es donde nos tienen que meter el hombro. La carga está pesada para uno solo. La pinchi crisis nunca pasa y ya ve como se pone por acá la situación cuando empieza la veda.

Y es que ahora la gente la quiere agarrar pelada. Nomás quieren salir al mar cuando hay puro camarón. Se van a lo fácil. ¡Qué esperanzas que se animen a andar pescando lobina o botete! Se les hace poca cosa. Lo que quieren es agarrar la mera marmaja. Por eso ya no les trae chiste ni el camarón piojo. Se malacostumbran, eso que ni qué.

Esas pinchis cooperativas los echaron a perder. Con esos adelantos que les daban se impusieron a llenarse de dinero sin hacer nada. ¿Cuándo en su vida habían tenido tantos billetes de a cien en sus manos? Se les salían los ojos contando tanto dinero. Y luego a darse vida de ricos. Como si no supieran que eran pescadores.

Y para acabarla de chingar, andan agarrando vicios. Y vicios caros. Dijera usted: un cigarro de mota, no hay bronca, ¡pero la coca, óigame, esas son palabras mayores! Esa chingadera les come el cerebro. Andan bien locos y según ellos no se nota.

Harán pendejos a otros pero a mí no. Y ahí los ve uno, compa, agachándose sorbiendo las credenciales de elector y limpiándose el polvo de la nariz. Y si uno les dice:

—¡Ustedes de a tiro ya ni la chingan! De por sí están jodidos y con esos vicios tan caros. Luego, luego respingan: “Siquiera este no es vicio corriente. Éntrale, no le saques. Así te vas a bajar la peda”.

Porque hasta eso, los cabrones no se quedan con ella: que qué es eso de andar dando espectáculos en las calles todo borracho, que es preferible la coca que el alcohol, que hasta se le para a uno más sabroso. Vayan y chinguen mucho a su madre, pinchis mariguanos güevones. Buenos deberían ser para trabajar, no para pasársela todo el día plática y plática sentados en el muelle tirándole piedritas al agua o jugando dominó.

Y es cierto, uno también tiene sus vicios, pues cómo no: ni modo que se la viva nada más para trabajar. Bastante se soba uno el lomo como para que no nos demos nuestros lujos. Pero el gusto por la chamba se trae en la sangre. Y te acostumbras a darle todos los días.

Fíjese que el día que no salgo a pescar me siento mal. Me entumo. Como que no pasó el día. Cuando menos tengo que dar una vuelta por la bahía. No importa que no agarre gran cosa. Y usted anda por las mismas, compadre.

Es que no sabemos güevonear. Todavía no le agarramos el gusto. ¡Y que bueno! porque si no andaríamos como los demás: sin qué hacer y nada más pensando chingaderas. Consiguiendo un conecte para tirar coca —que se vende

como pan caliente—, viendo a ver a quién chingan, empeñando el motor en una casa de préstamos, o llevando mota en una panga chingona hasta Puerto Peñasco.

¿Me está oyendo? Apriéteme poquito la mano para saber que sí. Lo veo muy débil. Se lo dije varias veces. Yo se lo dije. Más nos valía tomarnos lo que estaba a la mano que morirnos de sed. ¿A poco cree que a mí me encantan los miados? Pero ni modo. Se acabó el agua y no me quedó de otra. La necesidad es cabrona. A todos nos da asco, nadie lo hace con gusto, pero el miedo es peor.

El primer sorbo es el más difícil. En cuanto se siente ese saborcito medio salado y el líquido tibio, tibio en la boca, dan ganas de escupirlo. Pero lo mejor es no pensar mucho en eso, distraerse en otra cosa: en la Pelancha, que está re buena, en unas caguamas bien heladas, en lo que sea, y ¡zas! Darle el trago. Porque si le busca uno el sabor, nunca se lo va a poder tomar.

Aunque dicen que ya hasta los doctores lo recomiendan. Sí, no se vaya a reír. Los orines son medicina. El mundo esta con las patas p'arriba. ¡Quién lo diría! Pero a usted le valen madre los consejos médicos. Le dio asco tomarse sus orines, aunque fueran suyos, ¡no le iba a dar asco la sangre de caguama! Qué más quisiera yo que darle agua pura. Si hasta yo me estoy secando por un traguito.

Así que aprovecho para pedirle disculpas por querer dársela a fuerzas. No crea que quise abusar de su condición, al contrario, lo vi tan débil por la falta de líquido que pensé que lo mejor era hacérsela tomar como sea. Pero ya ve, compa, usted es necio como la chingada. Y salió peor. No sólo no tomó líquido sino hasta vomitó los que traía en la panza. Me salió cola.

A mí me da más asco la sangre que los orines. De veras. Aunque la sangre ya la conocía, pero guisada. Mi mamá nos



la guisaba con cebolla y chile. Ella le decía *rellena*. Pero para que le cuento esto si eso lo sabe mejor usted que yo. Ya no sé ni lo que estoy hablando. A mí también se me vuela la cabeza.

Dirá que cómo chingo. Y tendrá razón. Pero insisto: falta poco para que den con nosotros. Tengo esa corazonada. Algo me dice que pronto esto se va a acabar.

He visto lucecitas a lo lejos. Nos estamos moviendo hacia la zona de tráfico. Más temprano que tarde vamos a entrar en ella y nos van a encontrar. Un camaronero o un particular, qué más da. O uno de la marina. A estas alturas hasta esos son buenos. Aunque me caen regordos los cabrones. Ya ve cómo son de abusivos. Nada más chingan al panguero. A los camaroneros ¿cuándo los tientan? Mientras se mochen.

No cierre los ojos, compa. Haga otro esfuerzo. Yo también le hago la lucha. Si no me para la lengua es para que no se duerma. Estoy cansado, no crea que tengo muchas ganas de estar platicando pero tengo que hacerlo. Estar en los cinco sentidos. ¡Óigame!, ¡Óigame, compa! Compadre. ¡Compadre!

## Dos

¿Se fija como se ha puesto gris el cielo? Parece que va a llover. Ojalá. No va a caer la noche antes que ese aguacero. ¿Se imagina? Agua por montones, al fin. Y eso que estamos en marzo. No se le entiende al clima. De veras. Por ese lado, el mar es más tranquilo, no cambia de humor tan fácil. Ya ve, tenemos un mes y casi no nos hemos movido. Como que el mar nos respeta.

Ha de ser por que sabe que nosotros siempre lo hemos tratado bien. No abusamos de él. Y el mar sabe con quién

trata. Nosotros no lo andamos empuercando, dejando las cabezas de camarón en la playa, matando tortugas sin ton ni son, ni ensuciando el agua como la Termo, que mata más peces que la chingada y nadie les dice nada. A veces, da lástima. Y luego no saben por qué se enoja. ¿No opina usted lo mismo? ¿Verdad que sí? ¡Mire, allá cayó un rayo!

Y es que las cosas ya no son como antes. Hace veinte años la gente era muy seria, muy trabajadora. Me acuerdo que uno se amanecía para ganarle al sol. Coger el camarón distraído, recién levantado. Para las once ya estabas de vuelta. Ahora muchos prefieren atenerse a lo que les mandan del otro lado, o a hacerse pendejos paseando a la gente en el pinchi *platanito*. La quieren agarrar pelada. Como que las nuevas generaciones salieron más güevonas que las de antes.

Si el Beto no le tiene amor a la escuela, entonces que le entre a la faena. Pero seguido no quiere ni descabezar el camarón, ni tejer las tarrayas. Se le metió en la cabeza irse para el otro lado. Ha de creer que los dólares se cortan de los árboles. En parte, está mejor. Que sirva para algo. Ya tiene veinte años y aquí no tiene futuro. No estudia ni trabaja, así que mejor que haga camino. ¡Ya estuvo bueno que me vea la cara! ¡Sonora, querida, tierra consentida de dicha y placer!... Sonora, querida... tata-tará. Cómo tengo ganas de ver a mi mamá. Hace rato que no me paro en Huatabampo y no tengo razón de ella. Ojalá y ya no la molesten las reumas. Siempre tuvo ese problema. ¡Pues cómo no, si no descansaba de planchar ajeno!

Desde que mi papá la dejó tuvo que trabajar el doble para mantenernos. ¡Pobrecita! Yo, una vez que la vi como se untaba árnica para quitarse el dolorzazo de las manos, le dije:

—Le juro, jefecita, que yo la voy a sacar de trabajar y le voy a poner casa. ¿Y que cree? Nunca le cumplí. Pero

estuvo bonita la promesa, independientemente de que no pude cumplírsela, porque reflejaba el amor de un hijo por su madre.

El único amor puro que existe. Porque el amor que le tiene uno a las demás mujeres no tiene comparación. Por más chingón que sea ese amor, se acaba. Y el de la madrecita, no. Ya está calando el airecito, ¿verdad? Pues le digo, uno quiere tanto a la mujer que termina casándose con ella. Pero con los años eso se acaba.

Ellas, sin querer echarles la culpa, lo espantan. Para qué le explico. Usted lo sabe mejor que yo. No tienen paciencia, andan de mal humor, solamente atienden a los hijos.

Y no se ofenda, compa, con lo que voy a decir: mis respetos para su vieja, pero ella es peor que la mía. Por ese lado, la llevo de ganar. Una vieja cabrona es peor que una mordida de tiburón. Y eso que la mía no hace malos quesos. ¡Amorcito-cora-zón-yo tengo-tenta-ción-deun beso! ¡Amorcito, cof, cof, cof. . . Se me está acabando la voz, compa.

¡Uta, madre! Ya no queda nada de sangre. Y esas pinchis nubes están muy lejos. Ojalá que Dios se acuerde de nosotros. ¿Usted quiere volver con su familia, no? Pues yo también. Aunque haiga tantas broncas. Al fin de cuentas es mi familia. Y no la voy a dejar abajo. ¿Estamos a lunes? No me gusta que pase el día sin saber exactamente qué día es.

¿Le digo una cosa, compa? Y se lo diré de hombre a hombre, como siempre nos hemos hablado. Entre usted y yo nunca ha habido mentiras. Por algo se ha conservado nuestra amistad. Si me cuenta algo, soy una tumba. Y sé que usted también.

¿Sabe por que no dejo de hablar? Le voy a decir la neta: porque tengo miedo. Pero no un miedo común y corriente. ¡Ojalá! No, es un miedo que nace de los huesos. Un miedo que medio apendejo estando platique y platique con

usted. Aunque no me conteste. No le hace. Yo, sólo sabiendo que me está oyendo, me doy por satisfecho.

No me las doy de valiente. Nunca me ha gustado echar habladas. Y como no quiero que me lo eche en cara, aquí mismo le repito: lo que prometo lo cumplo. Y yo lo le prometí llevarlo de regreso a su casa, compa. Usted no pregunte cómo voy a hacerle. Eso déjemelo a mí. Para eso somos amigos.

Yo tengo mejores ojos. Puedo divisar los barcos a lo lejos. Hasta en la niebla. Y eso que estoy medio ciego. ¡El pinchi sol medio me chingó la vista! Y la verdad que ni sé cómo hablo pues tengo todo el hocico lleno de ampollas. Confíe en mí. Me voy a callar un rato. Para descansar. Y que usted también descanse.

Ya se hizo noche, otra vez. Fíjese, compa, que no me había fijado en algo. El mar del cielo es más grande que éste. Y es más bonito con sus estrellas. ¿De dónde saldrán tantas? Está haciendo frío. Usted ni lo siente. Tiene el pellejo más duro que yo.

Yo no me acostumbro a estos cambios de clima. Traigo el pinchi saborcito de la sangre en la boca. No me gusta ni madre. ¡Qué grande y aburrido es el mar! Nunca me había dado cuenta. Mírelo. ¿A quién se le ocurrió hacerlo? No se quede callado. Dígame algo, no me deje como loco, hablando solo.

### TRES

No hay nada más bendito que el agua. El agua dulce, claro. Me moría por un vasito. Gracias. Ya estuvo bueno. Estoy empanzado. Tengo más de una semana tomando pura agua. ¡Y me sabe a gloria! Es que usted no tiene idea lo que es no tomarla durante casi un mes. Tanta agua alrededor y no poder

«LA BALADA DEL HOMBRE MUERTO»  
DE ALFONSO OREJEL SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN 2008 EN LOS TALLERES DE  
IMPRESOS VACHA S.A. DE C.V.  
JUAN HERNÁNDEZ Y DÁVALOS No. 47, COL. ALGARIN  
DELEG. CUAUHTEMOC, C.P. 06880, MÉXICO, D.F.  
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES